



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO LXIV DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 1280

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 17 DE OCTUBRE DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Ocrésponsables en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

Microscópicas

Los telegramas que se reciben del Extremo Oriente dejan el ánimo en suspenso, alhelado, estremecido, saturado de horror.

Seiscientos mil hombres matándose por un pedazo de terreno, la razón de Estado sacrificando miles de existencias; la sangre corriendo á torrentes como corre el agua en días de gran lluvia; miriadas de voces entonando al unísono la canción de la muerte concertadas con el ronco tronar de centenares de cañones...

Cualquiera que sea el afecto que sintamos por los bandos que luchan, hay otro sentimiento que se sobrepone y nos hace pensar con horror en la tragedia ruso-japonesa: la piedad.

Ante los detalles tremendos que el telégrafo narra de esa función de guerra de que han sido testigos las tumbas que cobijan la grandeza de los monarcas del Celeste imperio, se siente el alma dolorida; y al reflexionar en las explosiones de dolor que levantarán en los países ruso y japonés la derrota del uno y la victoria del otro, parece que gritan en nuestros oídos todas sus desdichas las pobres madres rusas y japonesas, esas pobres madres que leerán desesperadas y transidas de horror uno de esos detalles y que á nosotros, ajenos como somos á la contienda del Extremo Oriente, nos ha hecho experimentar mortal angustia.

«De los setenta mil hombres que componían el ala derecha rusa no se retira uno solo que no se encuentre herido».

¿Verdad que espantó eso? De setenta mil hombres no ha quedado uno sano. ¿Cuántos son los que han sobrevivido al desastre? ¿Cuántos atacaban y cuántos han caído?

Con qué horror se harán esa pregunta en Rusia y el Japon las madres de los infelices soldados que se batían en la Mandchuria por cosas que no entienden tal vez. ¡Pobres mujeres!

RAUL.

TIJERETAZOS

En la audiencia de Barcelona se ha celebrado la vista de una causa ante el tribunal del jurado.

Y ha ocurrido una cosa sin nombre. Los jueces populares han dado veredicto de culpabilidad para un hombre acusado de incesto y parricidio.

Por fortuna el fiscal ha estado al quite y ha pedido revisión de la causa ante nuevo jurado.

No renegamos de la institución, pero sí de la monstruosidad.

Y algo de esto debe encerrar el veredicto, porque el parricidio que dá la noticia lo poné todo al día.

«Abolición escandalosa.»

¡Y tanto!

Como que es el colmo de las abeoluciones.

La última sesión del ayuntamiento de Sevilla formará época en aquella ciudad.

El alcalde se vió tan acusado por la corporación y por el público, con motivo del asunto Pickman, que no halló mejor medio de cortar el nudo que renunciar la vara.

Vaya una campanita que se ha echado al colete el alcalde sevillano.

Cuando se tienen los dotes de mando que puse de manifiesto ese alcalde, es más provechoso quedarse en casita.

Allí no se subleva nadie.

Pero cuando por excepción alguien se extralimita, con un ordeno y mando se acaba la erección.

Y es que no basta ser buen padre de familia para ser buen alcalde.

Leemos:

«En la calle de Velarde, Mariano Martínez hirió de un tiro en la cabeza á su amante la actriz María Sala, que quedó muy grave.»

Ha sido detenido el agresor. Los interesados declaran que ha sido casual.»

Entonces...

Convengan los interesados en que es de mal gusto hacer el amor con revólver. Como que dicen que «el diablo los carrea.»

Y en esta ocasión también ha disparado.

Los niños asistidos de París

La organización que tiene en Francia y especialmente en París, la Beneficencia pública en todos sus ramos, es realmente de una previsión asombrosa y digna de ser conocida, ya que aquí luchamos siempre con esas mismas dificultades.

Especialmente en lo que se refiere á la protección de la infancia, el sistema es de primer orden y buena falta haría copiar algo en Madrid donde las diversas tentativas que se han hecho para remediar mal tan grave y tan apremiante no han sido más que paliativos que no han conseguido quitar de las calles y de los quicios de las puertas esos cientos de volitivos huérfanos ó explotados por familias indignas, pero que necesitan el amparo y la protección social inmediata de las autoridades y de la masa de ciudadanos, que, justo es decirlo, se preocupan muy poco de secundar las iniciativas oficiales.

Véase, en cambio, como se desarrolla en París el sistema de protección á los niños abandonados.

En estos días y antes de que acabe la época de las vacaciones, los miembros de la tercera Comisión (Beneficencia) del Consejo general del Sena (Diputación provincial) se dedican á hacer sus visitas de inspección á las múltiples agencias que la Asistencia Pública posee en los departamentos para los cincuenta mil niños que tiene á su cargo.

La procedencia de estos niños es muy diversa. Los más, de la Inclusa de París, instalada en el Hospital des Enfants Assistés, cerca del Boulevard Montparnasse donde existe una oficina que reemplaza al antiguo torno, aún conservado en España, y en el cual los padres desnaturalizados ó agobiados por la miseria deposita sus hijos. Allí no se rechaza á nadie y los mismos padres no tienen que responder á más preguntas que las que quieren contestar, y en el espacio de tres metros cuadrados que viene á tener la habitación, se desarrollan todos los días escenas conmovedoras y tan intensamente dramáticas que aun en muchas obras escénicas parecerían inverosímiles.

A estos expósitos se agregan aquellos

otros pobres niños que ellos mismos acuden á solicitar la protección administrativa para escapar á la miseria y al vicio que los solicita, y el hecho no es tan raro como pudiera creerse, porque no se pasa una semana sin que los muchachos de doce á trece años soliciten su admisión en la calle de Denfert Rochereau para no seguir los peligrosos consejos de sus padres y seguir siendo honrados.

Y completan el conjunto los niños enviados directamente por los jueces de instrucción y por la prefectura de policía, que suelen ser huérfanos de condenados ó condenados ellos mismos. Estos últimos no hacen más que permanecer pocos días en la casa central. Se les viste y se les expide á una de las cincuenta y dos agencias que la Asistencia Pública posee en los diversos puntos de Francia.

Estas Agencias forman verdaderas circunscripciones autónomas. Tienen al frente un director, un subdirector y un comisario que son funcionarios encargados de buscar familias que han de recibir el encargo de cuidar los pupilos, así como de visitarlos con regularidad para ver si están bien tratados, y cada trimestre deben enviar á la Administración central un informe acerca de la situación de los niños asistidos y que viven en la jurisdicción de la Agencia respectiva.

Aunque está dispuesto que ninguna Agencia cuide más de mil niños, en la práctica no puede llevarse á efecto tal orden porque, por otra parte, pasan siempre de ese número los pobres abandonados. Lo más difícil del cargo para los empleados de estas Agencias, que ganan cuatro mil francos al año, es la elección de las familias que han de encargarse de la adopción del pupilo.

Es un hecho curioso, que notan aquellas Administraciones benéficas, que vale más dirigirse para esos efectos á las personas notables de las poblaciones, que se encargan gustosamente y reciben así el pequeño auxilio de la Beneficencia, que á los aldeanos necesitados, con los cuales está probado que los chicos se encuentran mal y son menos dichosos.

Los muchachos permanecen bajo el amparo de la Asistencia pública hasta los veintidós años, mayor edad legal en Francia, salvo los que, al cumplir los diez y ocho años, quieren ingresar en la Sociedad de soldados voluntarios, que preside el ilustre filántropo Mr. Volain y que cuida de ellos durante el tiempo de su servicio militar, no siendo raro el caso de muchos de ellos que

han llegado á ser brillantes oficiales de ejército francés.

Cuando han terminado su compromiso militar, envi todos ellos vuelven al país donde se criaron, y, más dichosos que la mayor parte de los hijos de obreros, poseen un pequeño peculio, por que á partir de los trece años, la Asistencia pública les proporciona contratos de trabajos estipulados con ellos un sueldo mensual que han depositado á su nombre en la Caja de Ahorros.

En ciertas profesiones, casi en todas las que ejercen, llegan á reunir tres, cuatro y hasta cinco mil francos, basta para muchos de su capital que llegan á obtener por un esfuerzo. Tal cantidad alcanzan estos ahorros, que el año 1903 el total de sueldos registrados por los directores de las cincuenta y dos Agencias llegaban á tres millones y medio de francos.

Se dan muchos casos de que las familias encargadas de adoptar como hijos y no se gan ya en toda la vida disfrutaban alguna con los suyos propios y hasta muchos, al llegar á mayores, se encuentran herederos del campo ó de la tienda de sus padres de adopción, casándose en el pueblo y formando un hogar feliz.

Los niños asistidos abrazan los más diversos oficios. Los hay padeiros, jardineros, zapateros, militares, marinos, médicos, mecánicos, peluqueros, cocheros, etc.; y muchos empleados de comercio y pasantes de notarios.

Las mujeres son, en su mayor parte, criadas, aunque no faltan bordadoras, planchadoras, costureras, modistas, y aun algunas que siguen una carrera.

El servicio de niños asistidos cuesta muy caro, pero hay que convenir que los millones gastados en esta inmensa obra filantrópica no pueden estar mejor empleados.

No hay más que pensar cuál sería el triste fin y el destino horrendo que tendrían en una sociedad tan dura como la presente esos cincuenta y dos mil niños abandonados en las calles de populosas ciudades.

Y mirando este ejemplo, que en Francia gana tan piadosamente para la cultura y el bienestar de aquella nación tantos miles de niños abandonados, valga la pena de que nuestra Comisión de Reformas Sociales se ocupase en imitar esas cosas prácticas y de inmediatos resultados, sin tomar los rumbo actuales que más le lleva á finalidades de leyes imposibles, en pugna con nuestras costumbres.

(De El Gráfico) A. F. F.

Y subió bruscamente á casa de su padre, preguntándose si había soñado y si era posible que la señorita de Valbonne hubiera hecho en menos de veinte minutos su tocado de baile.

—¿Por qué?
—A causa de la modista y del peluquero, que debían venir á las siete y no llegaban ni uno ni otro.
—¿Y la señorita los esperaba?
—Desde las seis.
—¿Cómo se llamaba Gaston, dice Vd. que los esperaba... desde las seis...
—Sí, y el ayuda de cámara ha bajado lo menos diez veces.
—Pero, dijo Gaston, que empezaba á trastornarse, ¿la señorita de Valbonne había salido?
—No señor.
—¿Cómo no si yo la he visto.
—¿Dónde?
—En Nuestra Señora de Loreto.
—Es imposible; la señorita ha comido en casa.
—¿Pero ha salido?
—No.
—Pues yo he visto el cupé en la calle de San Lazaro.
—Se ha engañado Vd. El cupé no ha salido desde esta mañana. Le han lavado un poco antes de anoche.
—Es cosa de volverse loco, murmuró el joven.

—¿Luego quiere Vd. llegar á ser un hombre de mundo?
Y como Berta decía esto sin el menor esbozo, Gaston se atrevió á responderla:
—¡Ah! Es que he osado concebir un proyecto insensato.
—Ningun proyecto es insensato cuando puede realizarse.
Gaston lanzó un grito de júbilo y cayó nuevamente de rodillas.
En seguida añadió:
—Y se que es Vd. rica, pero también mi padre tiene mucho dinero.
—¿Qué me importa eso? dijo Berta sonriéndose. Mi padre me deja á mi dueña de mi mano.
Al oír estas palabras Gaston creyó que se abrió para él el paraíso.
Pero Beltran de Montax no era hombre de sorprender torpemente semejante comedia.
Había recomendado á Berta muy especialmente que no prolongase su visita y que se fuera tan pronto como hubiera dado á Gaston una nueva cita.
Así es que la falsa Melania dijo á Gaston:
—Apenas puedo disponer de diez minutos. Mi ca-